

HEATHER MORRIS

HISTORIAS DE ESPERANZA

Encontrar inspiración en vidas cotidianas

Traducción de Aleix Montoto

emecé

1

ESCUCHAR LA SABIDURÍA DE NUESTROS MAYORES

Escucha los consejos de tus mayores no porque siempre tengan razón, sino porque tienen más experiencia equivocándose.

Chiquilla. Me llamaba «chiquilla». Era mi bisabuelo y me enseñó a escuchar. No solo a él y a otros humanos, sino también los sonidos que nos rodean: animales, pájaros, máquinas... o simplemente nada. A veces, en la vida no hay nada más dulce que el sonido del silencio. Si uno le presta atención es posible que pueda sentirse más centrado, descansado y cómodo con la persona que es y con el lugar en el que se encuentra en ese momento. Algunos a esto lo llaman «meditación» o, más recientemente, «conciencia plena».

Crecí en la Nueva Zelanda rural rodeada por mi familia, lo cual puede ser tanto bueno como malo, según se mire, pero en cualquier caso era mi realidad, mi educación, y lo único que conocía. Mis bisabuelos vivían a dos huertas de la casa que compartía con mis padres y mis cuatro hermanos. Yo nací en segundo lugar, dos años y dos días después de mi hermano mayor. A los tres chicos que me siguieron los consideraba una molestia que prefería ignorar. Pirongia, el lugar en el que vivía, no puede considerarse un pueblo, ni siquiera una aldea. La montaña que daba nombre a la zona dominaba el paisaje, y sus laderas, bosques, ríos y arroyos eran mi patio trasero. Era el lugar al que acudía a evadirme, a menudo con mi hermano mayor. Se trataba de una zona lechera y las vacas regían nuestras vidas. El ordeño dos veces al día, los partos: todo lo bovino era parte de nuestro ADN. Siguen siendo mi animal favorito. Éramos autosuficientes en lo que respecta a todos los grupos alimentarios, y lo que no cultivábamos nosotros lo cultivaba un vecino e intercambiábamos productos. También intercambiábamos trabajos. Algunos de mis mejores recuerdos consisten en estar en casa de un vecino mientras mi padre y otros lugareños se juntaban para empacar heno, plantar o, en general, ayudar en lo que fuera necesario.

Cuando años más tarde vi la película *Único testigo*, una historia ambientada en una comunidad amish de Estados Unidos, recordé mi infancia. Era igual. Vecinos ayudando a vecinos, aunque sin las afiliaciones religiosas. Nunca me importó que cada vez que tenía

vacaciones escolares me enviaran a casa de algún pariente para ayudarlo en la granja. Tenía un tío y una tía que vivían a unas dos horas, regentaban un rancho de ovejas y tenían cinco hijas. Aquí el género no significaba nada y las niñas hacían su parte con los hombres. Arreábamos a caballo las ovejas desperdigadas en miles de hectáreas, las conducíamos a la manga para remojarlas (empaparlas de antiparásitos) y luego a los rediles para esquilas.

Mi otra evasión era la escuela. Con solo cuatro aulas y menos de cincuenta alumnos en seis cursos, el número de amigos era limitado y el género tampoco importaba a la hora de hacer amistades. Como la mayoría de los niños acudía a la escuela en autobús, jugar con amigos después de clase no era una opción. Mis hermanos y yo íbamos a pie: ningún autobús pasaba cerca de casa. La alegría de caminar en invierno, cuando los charcos que había a lo largo de la maltrecha carretera estaban cubiertos de hielo, me proporcionaba un inmenso placer. Solía usar el talón de los zapatos para hacer añicos el hielo, lo cual suponía pasarme el resto del día con los zapatos y los calcetines mojados.

Los hombres eran hombres. Las mujeres eran, bueno, mujeres, pero no el tipo de mujer que yo quería ser cuando fuera mayor. No hay nada de malo en ser ama de casa si eso es lo que se quiere. Sin embargo, en las décadas de los sesenta y los setenta, mujeres como mi madre, mis tías y otras lugareñas que conocía no hacían más que quejarse de su destino en la vida. Envidiaban a los hombres, aunque yo no sabía por qué:

ellos trabajaban todas las horas del día y la noche y parecían tan tristes e insatisfechos como las mujeres. La única diferencia que recuerdo era que los hombres no se molestaban en quejarse. Repito que vivía en la Nueva Zelanda rural; ignoro cuál era la situación de las mujeres neozelandesas de los pueblos grandes o las ciudades.

Estoy muy orgullosa de Nueva Zelanda. Fue el primer país del mundo en permitir el voto femenino y tres mujeres han ocupado el cargo de primera ministra desde 1997, lo cual es un logro magnífico. *Dame* Jenny Shipley y Helen Clark marcaron el camino de la actual ocupante del cargo, Jacinda Ardern. Esta personifica todo lo que requiere un líder, particularmente en un momento como el que todos vivimos bajo la pandemia del covid-19. Su compasión, su empatía y el modo en que escucha a la gente de su país la convierte en la envidia de muchas otras naciones: es alguien a quien se ve, a quien se oye y que escucha a los demás.

«Los niños deben portarse bien y estar calladitos.» Este es el trasfondo de mi infancia. Salvo por una persona: mi bisabuelo. Lamentablemente, en retrospectiva, ningún otro miembro de la familia quería saber nada de los niños y, desde luego, nadie quería escuchar nada de lo que tuviéramos que decir; nunca se tomaban mucho tiempo para hablar con nosotros, al menos no al nivel de impartir consejos o sabiduría. Salvo mi bisabuelo; y si lo encontraba a solas y estaba de humor, ocasionalmente también mi tranquilo y considerado padre.

Luego estaba mi madre. Dicen que todas las relaciones entre madre e hija son complicadas. La mía la describiría como casi inexistente. Más allá de decirme que hiciera algo, rara vez hablaba conmigo. El afecto brillaba por su ausencia y yo me resistía a limpiar lo que ensuciaban mis hermanos y prepararles el almuerzo para la escuela. Había que hacer las tareas domésticas y hacerlas sin quejarse. Mi madre seguía los pasos de su madre viuda, mi abuela, que vivía justo enfrente, al otro lado de una pequeña carretera. Primos, tíos y tías tampoco vivían lejos. Los demás parientes estaban repartidos en la pequeña aldea.

Desde que tenía unos diez años debía pasar por casa de mis bisabuelos al volver de la escuela para ver si necesitaban algo. Para entonces mi madre ya habría estado en su casa para dejarles la cena hecha. Siempre encontraba dentro a mi bisabuela, entreteniéndose en la cocina o más adelante, cuando su salud se deterioró, en cama. Nunca tenía mucho que decirme. Me miraba con expresión de lástima, algo que también hacían mi abuela y mi madre. Era una niña. Mi madre me había dicho muchas veces que lamentaba haberme tenido y que, siendo niña, estaba condenada a una vida de duro trabajo y libertad limitada. Mis hermanos eran los afortunados que podrían explorar el mundo y contarían con oportunidades vetadas para mí.

De adolescente recuerdo a mi madre haciendo comentarios sobre uno o dos chicos con los que pensaba que debía pasar más tiempo. Yo no entendía a qué se refería, ya los veía tanto como quería. Me parecía bien

pasar algún rato con ellos, pero no todos los días. Una vez me dijo que iría a cenar a casa de un vecino. Ocasionalmente, cuando los hombres estaban trabajando en la granja de un vecino, nos reuníamos todos ahí y las familias compartían una comida, pero que me dijeran que debía ir yo sola a cenar a casa de un vecino era algo inusual. Cuando le pregunté la razón me contestó que así podría pasar algo de tiempo con uno de los hijos y conocer mejor a la familia. Yo la conocía de toda la vida, ¿qué más debía saber sobre ellos? Pero me dijo que debía ir y punto. Le pregunté a mi hermano mayor, que era buen amigo del chico, si sabía de qué iba todo eso. Mi hermano, que no era de los que se callan las cosas, me contó que nuestras madres habían considerado que el chico y yo debíamos tratarnos más y que sería una buena opción para nuestras familias que nos casáramos. Así pues, hice lo que me decían y fui a cenar con la familia del chico. Su madre cocinaba mejor que la mía.

Al cabo de un año, tan pronto como hube ahorrado dinero suficiente, me marché a Australia. Todavía no había cumplido los dieciocho años. Hasta que no me casé y, posteriormente, le di un nieto, mi madre no volvió a figurar en mi vida. A ello contribuyó el hecho de que yo viviera en otro país. Incluso tras proporcionarle dos nietos más, obtener un grado universitario después de iniciar los estudios con más de veintiún años y conseguir un buen trabajo, todavía se refería a mí en las cartas como señora (nombre de pila de mi marido) Morris. Entre nosotras jamás hubo una conversación emocional o personal. Retrospectivamente

me doy cuenta de lo afortunada que fui de contar con una persona que hablara conmigo cuando era niña: Abu, mi bisabuelo.

Con independencia del tiempo que hiciera, solía encontrar a Abu sentado en un gran y cómodo sillón que habían puesto solo para él en la veranda trasera, con un pequeño taburete enfrente para los pies. A su lado estaba la silla de mi bisabuela, aunque rara vez la vi sentada en ella; puede que lo hiciera cuando yo estaba en la escuela.

Cuando yo salía a la veranda por la puerta de la cocina, el ruido que hacía la mosquitera al cerrarse le hacía volver la cabeza. Su rostro siempre se iluminaba cuando me veía y, con unas palmaditas en la silla de mi bisabuela, me indicaba que me sentara. Pasaban unos minutos hasta que comenzaba a hablar. Ambos permanecíamos un momento contemplando el patio trasero, con su enorme castaño a la derecha, un huerto a la izquierda y, pegado a este, el corral con la «vaca doméstica». Al fondo había varios cobertizos y el garaje, así como la verja y el sendero que cruzaba las dos huertas que me separaban de casa. Al lado del castaño un caqui amenazaba el dominio de su vecino. Con el cambio de color de las hojas, anuncio de la llegada del final del verano, el fruto del caqui alcanzaba su madurez. El caqui solo es comestible si se recoge cuando está tan maduro que da la impresión de estar pudriéndose; de otro modo le deja a uno de inmediato la boca completamente seca.

El caqui era la fruta favorita de mi bisabuela y Abu

era el encargado de asegurarse de que no se quedara sin su ración. Por desgracia, las aves locales también tenían gran estima por dicho fruto. En cuanto los caquis llegaban a su madurez, Abu ataba estratégicamente unas cuerdas en sus ramas, en las que además había colgado un cencerro en un extremo. El otro extremo de las cuerdas, que recorrían toda la extensión del patio, unos cien metros, estaba atado al reposabrazos de su sillón. Solo puedo suponer que durante varias semanas debía permanecer ahí sentado todo el día, librando con los pájaros una batalla por los caquis. Siempre que me sentaba con él después de la escuela nuestra conversación estaba salpicada con el tintineo que hacían los cencerros cada vez que tiraba de su extremo de la cuerda cuando algún pájaro cercano apenas ralentizaba su vuelo. A menudo me dejaba hacerlo a mí y nos moríamos de risa cuando yo retrasaba el tirón hasta el último momento para que los pájaros se acercaran y, en cuanto cruzaban una línea invisible en el cielo, hacía que salieran desperdigados. Se trataba de un trabajo de auténtica precisión. Debo añadir que ningún pájaro sufrió daño alguno a causa de los caquis y que a mí me embargaba una gran felicidad cuando me sentaba junto a Abu.

Él era la única persona que me preguntaba: «¿Qué tal la escuela? ¿Ha valido la pena ir?». A menudo yo le contestaba: «No, hoy no he aprendido nada nuevo», tanto si lo había hecho como si no. No quería hablar de mi día, prefería escuchar la historia que él quisiera contarme. Al mismo tiempo, sin embargo, siempre me

sentía agradecida por que me preguntara cómo me había ido en la escuela, pues me indicaba que se preocupaba por mí. Una vez sentada, yo permanecía inmóvil, conteniendo la respiración a la espera de que empezara a hablar y diera comienzo a la magia.

A menudo mis tardes con Abu consistían en una exposición. Él tenía preparado un objeto, algo sobre lo que quisiera hablarme. Por ejemplo, una bonita postal decorada con hojas doradas y la letra ya desvaída que había traído consigo de la guerra de los bóeres en Sudáfrica. O una lanza que, según me dijo, era zulú. Guiándome con las manos, un día me permitió cogerla: su punta todavía estaba afilada y resultaba amenazadora. Yo me quedé impresionada por sostener algo conectado a la historia y a un lugar tan lejano del que me encontraba en ese momento, mientras que Abu permaneció callado con la mirada perdida en dirección al corral. Sostuve la lanza hasta que él se volvió hacia mí otra vez, sonrió y la cogió de nuevo. Cuando llegó el momento de contestar a mis preguntas de cómo y dónde la había conseguido, se limitó a responder que «fue una época terrible. La guerra es algo terrible».

Cuando se trataba de otros objetos relacionados con nuestra historia y nuestro pasado con los maoríes, se mostraba más hablador. Estos habían sido obsequios, de modo que no le importaba contarme cuándo se los habían regalado y quién lo había hecho. Yo era consciente del honor que suponía el hecho de que me permitiera sostener el precioso objeto del que estaba hablando y lo examinaba con cuidado, volviéndolo

hacia un lado y hacia el otro mientras él hablaba. Resultaba fascinante. Muchos de estos objetos fueron donados posteriormente al museo local y recuerdo verlos ya de adulta con una pequeña tarjeta de cartón al lado que indicaba que se trataba de un préstamo de su familia; es decir, de mí: yo era su familia.

Nadie más en nuestra familia me confiaba nada que fuera valioso. Cuando la salud de mi bisabuela empeoró y tuvo que quedarse confinada en cama, yo solía pasarme por su casa de camino a la escuela y le leía los titulares del periódico local que había recibido el día anterior. En el tocador tenía varias joyas: uno o dos broches, algunos collares y, en una pequeña caja, un collar de perlas de doble vuelta. Cuando me ponía de pie tras haber estado sentada en el borde de la cama, solía pasar lentamente los dedos por encima antes de salir de la habitación. Ella no me quitaba los ojos de encima y siempre decía lo mismo: «No toques mis perlas», pero yo seguía haciéndolo todos los días. Era como un juego entre ambas. Cuando murió unos pocos años después, mi abuela me dio una caja y me dijo: «Ten, ella quería que tuvieras esto». Era el collar. Todavía lo tengo. He vuelto a ensartar las perlas y aún lo llevo.

Ahora sé que proporcionarles significado e importancia a los objetos físicos es algo intrínseco a nuestra cultura. Cuando somos pequeños un osito de peluche o una suave manta se convierten en lo que los psicólogos llaman «objeto transicional»: una representación física de su cuidador, un objeto que transmite una sensación de seguridad al niño pequeño y que representa

a esa persona cuando no está presente, permitiéndole al niño dormir solo o estar lejos de casa. Más adelante los objetos nos recuerdan poderosamente un lugar o una época. Pueden convertirse en recordatorios en extremo reconfortantes de experiencias positivas: de personas, lugares, recuerdos... Yo tengo el collar de perlas de mi bisabuela. Aunque no es a ella a quien me recuerda, sino a mi bisabuelo. En la gente mayor estos objetos se convierten en un puente al pasado. Con Abu era una forma de taquigrafía: me mostraba el objeto en silencio y yo ya sabía que iba a hablarme sobre él; no hacía falta que preguntara: «¿Quieres que te hable de la época en que...?». Y, por cómo era él y a causa de su timidez y retraimiento, yo sabía que no hacía falta que le insistiera ni que le preguntara por nada en particular; solo tenía que limitarme a seguir el hilo de su narración. Se trataba de objetos muy preciados, sacrosantos y, en algunos casos, estaban relacionados con algún hecho traumático, de modo que él debía sentirse preparado para hablarme de un objeto en concreto y yo no podía hacer otra cosa que esperar a que me enseñara aquellas cosas que me interesaban. Sabía instintivamente que debía esperar el momento en que él estuviera dispuesto a enseñármelas.

Todavía ahora recuerdo con claridad todos esos objetos. Había una azuela maorí de gran tamaño y hecha de jade (*toki* en el idioma maorí), así como una capa de plumas. Se los había obsequiado el jefe *kākahu* local. Pirongia, el lugar en el que vivíamos, se llamaba anteriormente Alexandra. Las guerras de Nueva Zelanda

(el conflicto entre la Corona británica y los maoríes por la propiedad de la tierra) se libraron cerca. La relación entre los *pakeha* (los blancos) y los maoríes siguió siendo compleja durante décadas. Para Abu, sin embargo, no lo era: entabló amistad con las comunidades maoríes y vivía y trabajaba con ellas. El respeto era mutuo y fue instrumental en su comprensión y conexión con la cultura maorí, algo que compartió conmigo. Yo era una visitante frecuente y bienvenida del *ma-rae** local, Mātakitaki Pā.

También había dos cartas que lord Kitchener había enviado desde Sudáfrica a los padres de Abu explicándoles que estaba cuidando de su hijo menor de edad, quien se encontraba en una guerra en la que no debería estar. Los padres de Abu, mis tatarabuelos, debieron de sentirse muy orgullosos al recibir estas cartas, aunque también aterrorizados por su hijo, en otro continente, un lugar del que debían de saber muy poco.

Yo permanecía sentada con estos preciados objetos en las manos y escuchaba a mi bisabuelo. Nunca decía nada a no ser que me preguntara algo. Cuando lo hacía, yo jamás tenía la sensación de que estuviera poniéndome a prueba, algo que sí me sucedía con los profesores o con mis padres («Demuéstrame que has estado escuchando»). Cuando Abu me preguntaba por qué razón pensaba yo que los ingleses habían estado luchando en Sudáfrica y yo le respondía «No lo

* Lugar sagrado con función religiosa y social en las sociedades polinesias. (N. del t.)

sé, nada de lo que me has contado lo explica», él sonreía, asentía y decía: «Eso es porque yo tampoco sé por qué estaba ahí». Una vez me dijo que esperaba que yo fuera capaz de desentrañarlo y decírselo. También le parecía extremadamente importante que comprendiera las batallas que libraron maoríes y británicos en el distrito en el que vivíamos. Y que los británicos no tenían ningún derecho a venir a este hermoso país y pensar que podían apropiarse de él. Se sentía orgulloso por el hecho de que los maoríes hubieran contraatacado para, tal y como él decía, enviar a esos desgraciados de vuelta a Inglaterra. Yo siempre tenía la sensación de que respetaba mis respuestas y jamás de los jamases me criticaba, se limitaba a asentir para indicarme que me había escuchado. ¿Por qué no iba yo a escucharlo a él?

Muchas veces, después de haberme contado una historia, se callaba y decía: «Quédate sentada conmigo y escucha». Así lo hacíamos y, al principio, yo pensaba que estábamos escuchando el silencio. Pero luego comenzaba a percibir los sonidos que nos rodeaban, tan familiares que ya casi no los oía: los pájaros, los perros de la granja ladrando en la distancia, a mi bisabuela haciendo ruido en la cocina con los platos y las cacerolas (y, a veces, maldiciendo para sí) o a Daisy, la vaca doméstica, bramando en su corral a la espera de que mi madre fuera a ordeñarla. Y luego estaban esos momentos maravillosos en los que realmente se hacía el silencio y solo oía el sonido de los latidos de mi corazón y la respiración pesada de mi bisabuelo.

En esas ocasiones yo levantaba la mirada hacia ese anciano corpulento y guapo y veía sus ojos cerrados y una sonrisa en su rostro. Su respiración era tranquila y constante. Yo entonces también cerraba los ojos para escuchar la nada y sentía que él y yo estábamos diciéndonos algo muy profundo. En ocasiones todavía más especiales, mientras permanecíamos con los ojos cerrados notaba su mano sobre la mía y podía sentir cómo la felicidad me embargaba por completo hasta que algo nos interrumpía, algún ruido que nos devolvía a ambos de vuelta de allá adonde hubiéramos ido, o mi bisabuela aparecía en el porche trasero y el hechizo se rompía. Inevitablemente ella me decía que me diera prisa en volver a casa. Yo me volvía entonces hacia Abu para comprobar cuál era su reacción. Esta variaba: a veces accedía con un «Venga, chiquilla» y otras le decía a su esposa que regresara dentro porque todavía no habíamos terminado. Cuando sucedía esto me hacía sentir la persona más importante del mundo. Este anciano venerado y respetado, no solo en mi familia, sino también en la comunidad —había ejercido varios mandatos como alcalde de Pirongia—, quería estar conmigo.

Abu ponía fin al tiempo que pasábamos juntos cada día del mismo modo: diciéndome que la gente aprendería más si callara y escuchara. «Ahora vete, chiquilla. Mañana nos vemos.» Él sabía que volvería. No porque me sintiera obligada, sino porque quería pasar tiempo con él. Cuando estábamos de pie, su altura hacía que me sintiera enana. Su gran tamaño asustaba a